

ORTEGA Y GASSET, José, *En torno a Galileo*, Edición de Domingo Hernández Sánchez, Madrid, Tecnos (Los esenciales de la filosofía), 2012.

En su «Leer a los clásicos» –texto que sirvió de presentación a los primeros volúmenes de la colección *Los esenciales de la filosofía* de la Editorial Tecnos– Manuel Garrido, su director, señalaba la importancia de «poner directamente al alcance del lector medio lo más esencial de las más esenciales obras del pensamiento

de todos los géneros y todas las épocas». Para cumplir este objetivo, la colección ha contado con especialistas de gran trayectoria que, mediante oportunas introducciones, notas y comentarios, han hecho posible que cada edición sea «a la vez crítica y popular, fiel al pensamiento del clásico pero también actualizada y referida a la situación en que vivimos».

Diez años han transcurrido desde el comienzo de esa andadura, que en su más reciente entrega pone nuevamente a disposición del lector a uno de sus *esenciales*: José Ortega y Gasset. El camino iniciado con *El tema de nuestro tiempo* (2002) y *La rebelión de las masas* (2003) encuentra en *En torno a Galileo* (2012) un punto en el que convergen varios de los pilares de la filosofía orteguiana. Como no podía ser de otro modo, la edición ha corrido a cargo del riguroso cuidado y la atenta mirada de Domingo Hernández Sánchez, responsable no sólo de las ya citadas ediciones críticas, sino también de las *Notas de Trabajo* de Ortega sobre Hegel (2007) –en la editorial Abada– y del *Índice de conceptos, onomástico y toponímico* (2010), incluido en el tomo X de las *Obras Completas*.

*En torno a Galileo* reúne el contenido completo de un curso de doce lecciones que, en 1933, impartió José Ortega y Gasset en la Cátedra Valdecilla de la Universidad Central de Madrid. Si bien las lecciones se publicaron casi de manera inmediata –entre 1933 y 1934– en varias series de prensa y en artículos independientes preparados por el propio Ortega, la edición en forma de libro llevó algo más de tiempo. Este proceso de edición y publicación es descrito minuciosamente por Hernández Sánchez

en el magnífico estudio introductorio que acompaña el libro, donde señala la existencia de un proyecto fallido que, en ese mismo año y bajo el título *El método de las generaciones históricas*, pretendía la publicación en un mismo volumen del contenido de las cuatro primeras lecciones y cuyo prólogo se incluye como anexo en esta edición. A este intento, le siguió la publicación, en 1942, de una monografía basada en el contenido de las lecciones quinta, sexta, séptima y octava titulada *Esquema de la crisis y otros ensayos*. Sin embargo, no fue sino hasta 1947 que, con la primera edición de las *Obras Completas*, aparece la versión inicial de lo que hoy conocemos como *En torno a Galileo*.

Esta nueva edición crítica toma como punto de partida la versión definitiva del texto fijada en la más reciente edición de las *Obras Completas* pues, tal y como señala Domingo Hernández, «resultaría de una incoherencia atroz continuar haciendo ediciones particulares de sus escritos sin apoyarse en ella» (41). Adicionalmente, la historia editorial del texto y su análisis crítico es completado con referencias constantes a los resúmenes que la entonces alumna María Zambrano publicara casi paralelamente al curso. Justamente, este exhaustivo estudio de la génesis de la obra es una de las aportaciones más importantes y novedosas de esta nueva edición en tanto que pone de relieve no sólo un vasto conocimiento de la vida y obra del filósofo español, sino también una de las mayores particularidades de este texto: la existencia de dos niveles discursivos –el oral y el textual– que sitúan al lector en un plano completamente distinto permitiéndole penetrar en el modo en que Ortega iba configurando su pensamiento.

Así, mediante el cotejo minucioso de versiones, apuntes y materiales inéditos, el editor construye y articula un completísimo aparato crítico compuesto por casi quinientas notas a pie de página que, lejos de ofrecer una interpretación parcial, mantienen la neutralidad del comentario aludiendo a textos del propio autor, a las variantes más significativas y a referencias intertextuales que completan, contextualizan y aclaran. En este sentido, la rigurosa, oportuna y novedosa edición de Domingo Hernández Sánchez pone al servicio del lector de *En torno a Galileo* una guía que lo ubica en un punto privilegiado para moverse a lo largo de sus páginas, promoviendo así una lectura de Ortega que evite tendencias simplificadoras tanto a la hora de entender sus planteamientos como a la de intentar actualizarlos.

Y es que, precisamente, instar a un tipo de lectura semejante –y ofrecer las herramientas para hacerlo– se convierte en necesidad ante una obra que se articula en torno a dos temas claves del sistema orteguiano y que, a la luz de nuestro presente, resuenan con inquietante actualidad: el método de las generaciones y las crisis históricas. Continuando con lo ya iniciado en *El tema de nuestro tiempo* (1923), Ortega parte de la necesidad de establecer una nueva relación con el pasado que permita el análisis de un presente carente de criterios ante los giros y transformaciones que lo caracterizan. Se trata, por tanto, de realizar un diagnóstico de su época –«una época de crisis intensísima en que el hombre, quiera o no, tiene que ejecutar otro gran viraje» (133)– para lo cual es indispensable iniciar una investigación histórica a fin de buscar analogías epocales. Con

ello, Ortega introduce una idea de historia que «implica que no es posible entender de verdad algo del pasado sin que de rebote quede iluminado algo de nuestro presente y de nuestro porvenir» (133).

Bajo esta perspectiva, emprende la imperativa tarea de averiguar la procedencia de la «crisis actual» –la de tiempos de Ortega– a través de la conversión en método de investigación de la idea de generación, en tanto que este concepto «expresa la efectiva articulación de la historia y que, por lo mismo, es el método fundamental para la investigación histórica» (116). El diagnóstico es claro: la «crisis actual» se corresponde con la insuficiencia del «sistema de ideas, valoraciones e impulsos que ha dominado y nutrido el suelo histórico que se extiende precisamente desde Galileo hasta nuestros pies» (61). Si esto es así, si es preciso superar los principios modernos y realizar un *viraje*, un *tránsito*, es fundamental «1.º, hacernos bien cargo, en rigorosa fórmula, de cómo era ese sistema de vida que abandonamos; 2.º, qué es eso de vivir en crisis histórica; 3.º, cómo termina una crisis histórica y se entra en un tiempo nuevo» (62). Estos tres interrogantes son los que determinan el contenido del libro. De eso se trata, de hallar una nueva orientación y decidir una nueva postura –de «volver la vista a aquel momento en que el hombre se encontró en una peripecia parecida y a la vez opuesta» (133)– y que, en palabras de Domingo Hernández, se traduce en acudir a «una crisis para pensar otra, por tanto, que permita comprender, o por lo menos sentir las características del viraje que, según Ortega, esperaba a su tiempo» (31). De ahí que no resulte extraño que *En torno a Galileo* reúna en

sus páginas el análisis de las grandes crisis de la historia: la del paganismo que dio lugar a la visión cristiana del universo, la del cristianismo que condujo a la concepción racionalista –a la época de Galileo– y la del tiempo nuevo iniciada «precisamente cuando la propia modernidad comienza a mostrar síntomas paralelos a los que posibilitaron su nacimiento» (30). El análisis orteguiano de su tiempo revierte así en la delimitación de los rasgos que caracterizan a ese fenómeno denominado «crisis histórica», situando la reflexión en un plano más general que trasciende su propia época.

De acuerdo con Ortega, una crisis histórica ha de ser vista como un tipo de cambio particular que, en cuanto tal, ha de distinguirse de otros cambios que se producen en el curso de la historia. Si lo *normal* en la relación entre generaciones es la continuidad –es decir, que a un tipo de vida vigente para una generación le suceda otro sistema de convicciones, un poco distinto, pero que mantiene su vigencia a través de la modificación– lo crítico acaece en el momento en que esta continuidad se pierde. Lo curioso es que este fenómeno no es tan extraño como podría pensarse. Por el contrario, «lo sorprendente de él es su reiteración, su repetición a lo largo del proceso histórico mejor conocido» (138), pero justamente es esta *reiteración de la crisis* la que permite caracterizarla y comprenderla. Teniendo esto en cuenta, es posible afirmar que, para Ortega, «hay crisis histórica cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo.

El hombre vuelve a no saber qué hacer porque vuelve a de verdad no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza con la crisis y tiene el carácter de catástrofe» (153).

De ahí que uno de los rasgos distintivos de las épocas de crisis sea la *confusión* que produce el no tener afianzado un nuevo sistema de convicciones ante la pérdida del anterior. De esto se sigue que toda crisis se caracteriza por ser un *tránsito* de unas convicciones determinadas a otras, que tiene como consecuencia las sensaciones vitales de *pánico, desorientación y desesperación* pues «el que sólo está desorientado, espera orientarse. Mas en cuanto desorientado y aún no reorientado, está desesperado» (215). Todo ello deriva en *inautenticidad, falsificación, posiciones fingidas, y uniformismos* propios de la vulgarización y simplificación de la vida, promoviendo el florecimiento de extremismos y chantaje histórico, lo que a su vez conduce, inevitablemente, a una época en la que «todo se ha vuelto tópico inerte y complicadísimo: el derecho, la administración, la ciencia, la teología. En vez de ser un claro y sobrio repertorio de soluciones vitales, la cultura se ha hecho abrumadora, se ha hecho mamotreto» (301).

¿No nos resulta todo esto demasiado familiar? Cuanto menos resulta fácil sentirnos identificados y trasladarlo a nuestra situación. En efecto, como observa Domingo Hernández, «es demasiado tentador», aunque sumamente orteguiano pues «que sea el propio Ortega quien insista en la conexión entre su tiempo y las crisis pasadas debe permitir a su vez el vínculo con otra época de crisis, no ya la de Ortega, sino la nuestra» (32).

En este sentido, se trataría de repetir la operación, de bajar al pasado para «descender a los sótanos de nuestra propia actualidad» e identificar esos caracteres que vuelven gracias a la dialéctica de la repetición constitutiva de toda crisis, en tanto que «es tal condición reiterativa, que, como todas las dialécticas de la repetición, se establece en el vínculo entre pasado, presente y futuro, la que permite, o mejor exige, su conexión con nuestro tiempo» (32). Por ello, al lector de esta nueva edición de *En torno a Galileo* le resultara esclarecedora y de gran provecho la versión actualizada que de estos signos reiterativos realiza Domingo Hernández Sánchez, quien, además de dar elementos para establecer equivalencias con nuestra crisis, sitúa el debate en el análisis de la postura del propio Ortega. Una postura que deja entrever una actitud esperanzada de futuro que se aleja de todo tipo de gestos apocalípticos y que aboga por la recuperación de la ilusión propia del hombre del siglo xx –un hombre «perdido, pero ilusionado»– que «sea consciente de lo perdido y lo ganado, que aprenda del esquema de la crisis, y que asuma que, seguramente, también hoy, más que nunca, haya que *volver a inventar: en ciencia, en política, en arte, en religión*» (40).

Habría que ver si esta salida ilusionada es posible en esta *nuestra* crisis, en la que cada vez más impera la melancolía y el cinismo. Sea como sea, lo que está claro es que, como decía Ortega, «conviene, conviene de cuando en cuando recordar el pasado –recordar que se han dicho estas cosas» (212).

Claudia Supelano-Gross